



Los tres pelos de oro del diablo

Hermanos Grimm & Adaptado de la traducción de José S. Viedma

13

Había una mujer que dio a luz un hijo que nació de pie por lo que la predijeron que a los catorce años se casaría con la hija del rey.

Por los mismos días pasó el rey por aquella aldea sin que nadie le conociese, y preguntando lo que había de nuevo, le respondieron que acababa de nacer un niño de pie, y que todo lo que emprendiese le saldría bien, y que le habían vaticinado que cuando tuviera catorce años se casaría con la hija del rey.

El rey tenía muy mal corazón, y esta predicción lo molestó. Fue a buscar a los padres del recién nacido, y les dijo en tono amistoso:

—Vosotros sois unos pobres; dadme a vuestro hijo, y yo cuidaré de él.

Se negaron, desde luego, mas el forastero les ofreció mucho oro, y se dijeron a sí mismos: «Puesto que el niño ha nacido de pie, todo lo que le suceda será por su bien». Y acabaron por ceder y entregar a su hijo.

El rey lo puso en una caja y lo llevó a orillas de un río, donde lo arrojó pensando que libraba a su hija de un amante con el que no contaba. Pero la caja en vez de irse a fondo, comenzó a flotar como un barquichuelo sin que entrase en

ella ni una sola gota de agua; la corriente la arrastró hasta dos leguas más allá de la capital, donde se detuvo junto a la esclusa de un molino. Un criado del molinero, que se hallaba allí por casualidad, la vio y la sacó con un garfio, esperando encontrar al abrirla grandes tesoros, pero se halló con un niño muy bonito, despierto y alegre. Lo llevó al molino, y el molinero y su mujer, que no tenían hijos, lo recibieron como si se lo hubiera enviado Dios. Trataron muy bien al huerfanito, que creció en su casa en fuerzas y en buenas cualidades.

Sorprendido un día el rey por una tempestad, entró en el molino, y preguntó al molinero si era hijo suyo aquel joven.

—No señor —le contestó—, es un expósito que hemos encontrado en una caja que arrastró el agua hasta la esclusa del molino hará unos catorce años; mi criado le sacó del agua.

El rey conoció entonces que este era el niño que había nacido de pie y que arrojó él al río.

—Buenas gentes —les dijo—; ¿no podría este joven llevar una carta de parte mía a la reina? Le daré dos monedas de oro por su trabajo.

—Lo que mande Vuestra Majestad —le contestaron—, y dijeron al joven que se preparase para ponerse en camino.



14



El rey envió a la reina una carta en que le mandaba detener al portador, darle muerte y enterrarle, de manera que a su regreso lo encontrase hecho todo.

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se extravió y llegó por la noche a un bosque muy espeso. A lo lejos distinguió una débil luz en medio de las tinieblas, y dirigiéndose hacia aquel lado llegó a una casita pequeña, donde se encontró una vieja sentada junto al hogar. Sorprendida al ver al joven, le dijo aquella mujer:

—¿De dónde vienes y qué quieres?

—Vengo del molino —respondió—, llevo una carta a la reina, me he perdido en el camino y quisiera pasar la noche aquí.

—Desgraciado joven —le replicó la mujer—, has caído en una caverna de ladrones, y si te encuentran aquí, morirás sin remedio.

—A Dios gracias —dijo el joven— no tengo miedo, y además estoy tan cansado que me es imposible ir más lejos. Se echó en un banco y se durmió; poco después llegaron los ladrones y preguntaron incomodados por qué se hallaba allí aquel forastero.

—¡Ah! —dijo la vieja—, es un pobre niño que se ha perdido en el bosque y le he recibido por compasión; lleva una carta a la reina.

Los ladrones pidieron la carta para leerla, y vieron que contenía la orden de dar muerte al portador. A pesar de la dureza de su corazón se compadecieron del pobre diablo; el capitán rompió la carta y puso otra en su lugar, en que decía que tan pronto como llegase se casara el joven con la hija del rey. Después los ladrones le dejaron dormir en el banco hasta la mañana siguiente, y en cuanto despertó, le entregaron la carta y le enseñaron el camino.

Apenas recibió la carta, ejecutó la reina lo que se decía en su contenido, se celebraron las bodas con magnificencia y la hija del rey se casó con el niño nacido de pie, y como era guapo y amable vivía a gusto con él.

Algún tiempo después volvió el rey a su palacio y vio que se había cumplido la predicción, y que el niño nacido de pie se había casado con su hija.

—¿Cómo habéis hecho eso? —dijo—; yo había dado en la carta una orden muy diferente.

La reina le enseñó la carta, y le dijo que podía ver lo que contenía.

La leyó y vio que habían cambiado la suya.

Preguntó al joven lo que había hecho de la carta que le había entregado, y por qué había dado otra.

—No sé nada de eso —replicó el joven—, a menos que me la hayan cambiado la noche que pasé en el bosque.

El rey, encolerizado, le dijo:

—Esto no puede quedar así; el que pretenda a mi hija debe traerse del infierno tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Tráemelos, y entonces te pertenecerá mi hija.

El rey, al darle esta comisión, creía que no volvería más.

El joven le respondió:

—No tengo miedo al diablo, iré a buscar los tres pelos de oro.

Y se despidió del rey y se puso en camino.

Llegó a poco delante de una gran ciudad, a cuya puerta le preguntó el centinela cuál era su estado, y lo que sabía.

—Todo —le respondió.



—Entonces —dijo el centinela—, haz el favor de decirnos por qué la fuente de nuestro mercado, que antes daba siempre vino, se ha secado y no mana más que agua.

—Esperad —le respondió—, y os lo diré a mi regreso.

Más lejos, llegó delante de otra ciudad; el centinela de la puerta le preguntó cuál era su estado y lo que sabía.

—Todo —le contestó.

—Entonces haz el favor de decirnos por qué el árbol grande de nuestra ciudad, que antes daba siempre manzanas de oro no produce ya ni siquiera hojas.

—Esperad —le respondió—, y os lo diré a mi regreso.

Más lejos todavía llegó delante de un ancho río que necesitaba pasar. El barquero le preguntó su estado, y lo que sabía.

—Todo —le respondió.

—Entonces —dijo el barquero—, haz el favor de decirme si debo permanecer siempre en este puesto sin ser relevado nunca.

—Espera —le contestó—, y te lo diré a mi regreso.



Al otro lado del agua encontró la boca del infierno que estaba negra, llena de humo. El diablo no se hallaba en su casa, pero encontró a su patrona, que estaba sentada en un sillón grande.

—¿Qué quieres? —le preguntó, con un tono bastante dulce.

—Necesito tres pelos de oro de la cabeza del diablo, sin lo cual no puedo vivir con mi mujer.

—Mucho pedir es eso —le dijo—, y si el diablo te ve cuando entre, pasarás un rato muy malo; sin embargo, me caes bien y voy a procurar ayudarte.

Lo convirtió en hormiga y le dijo:

—Ocúltate en los pliegues de mi vestido; aquí estarás seguro.

—Gracias —le contestó—; creo que esto va bien; pero necesito además saber tres cosas: por qué una fuente que manaba siempre vino, no mana ya ni aun agua; por qué un árbol que daba manzanas de oro, no produce ya ni aun hojas, y si cierto barquero debe permanecer siempre en su puesto sin ser relevado nunca.

—Esas son tres preguntas muy difíciles, pero no tengas cuidado, escucha con atención lo que diga el diablo cuando le arranque los tres pelos de oro.

Por la noche volvió el diablo a su casa, y apenas había entrado, notó un olor extraño.

—¿Qué hay aquí de nuevo? —dijo—; huele a carne humana. Registró todos los rincones, pero sin encontrar nada, y la patrona le armó una quimera.

—Acabo de barrer y de arreglarlo todo —le dijo—, y vas a desarreglarlo; siempre estás oliendo a carne humana, siéntate y cena.

Como estaba cansado, en cuanto cenó, puso la cabeza en la rodilla de la patrona, y le dijo que le espulgase un poco, pero no tardó en dormirse y roncar. La vieja cogió un pelo de oro, lo arrancó y lo puso a su lado.

—¡Ay! —exclamó el diablo—, ¿qué haces?

—He tenido un mal sueño, dijo la patrona, y te he agarrado del pelo.

—¿Qué has soñado? —la preguntó el diablo.

—He soñado que la fuente de un mercado que manaba siempre vino, se ha secado y no da ya ni aun agua; ¿cuál puede ser la causa?



—¡Ah! ¡si lo supieran! —contestó el diablo—; hay un sapo en la fuente debajo de una piedra, no tienen mas que matarle y volverá a manar vino.

19

La vieja se puso a espulgarle otra vez, se volvió a dormir y comenzó a roncar.

Entonces le arrancó el segundo pelo.

—¡Ay! ¿qué haces? —exclamó el diablo encolerizado.

—No te muevas —le respondió—, es un sueño que he tenido.

—¿Qué has soñado? —le preguntó.

—He soñado que en cierto país hay un árbol, que daba antes manzanas de oro, y ahora no tiene ni siquiera hojas; ¿cuál puede ser el motivo?

—¡Oh! ¡si lo supieran! —replicó el diablo—; hay un ratón que seca la raíz; no tienen mas que matarle y el árbol volverá a producir manzanas de oro; pero si continúa royéndola, se secará por completo. Ahora déjame en paz. Tú y tus sueños. Si me vuelves a despertar, te daré un bofetón.

Lo tranquilizó la patrona y volvió a espulgarle hasta que se durmió y comenzó a roncar. Entonces le arrancó el tercer pelo de oro. El diablo se levantó gritando y quería pegarle; pero ella le supo engañar, diciéndole:

—¿Quién puede librarse de un mal sueño?

—¿Qué has soñado ahora? —le preguntó con curiosidad.



—He soñado con un barquero que se queja de estar pasando siempre el río con su barca, sin que le reemplace nunca nadie.

—¡Ah! el tonto —repuso el diablo—, no tiene mas que poner el remo en la mano al primero que vaya a pasar el río y quedará libre, viéndose el otro obligado a servir a su vez de barquero.

Como la patrona le había arrancado los tres cabellos de oro y había sabido las tres respuestas que quería saber, le dejó en paz y él se durmió hasta la mañana siguiente.

Apenas hubo el diablo salido de la casa, cogió la vieja a la hormiga de entre los pliegues de su vestido, y volvió al joven a su forma humana.

—Ahí tienes los tres pelos —le dijo.

—¿Has oído bien las respuestas del diablo a tus tres preguntas?

—Muy bien —respondió—, no las olvidaré.

—Entonces ya no tienes cuidado —le dijo—, y puedes seguir tu camino.

Dio gracias a la vieja por lo bien que le había ayudado, y salió del infierno muy contento de haber tenido tan buena fortuna.

Cuando llegó donde estaba el barquero, se hizo pasar al otro lado antes de darle la respuesta prometida, y entonces le dio el consejo del diablo.

—No tienes mas que poner el remo en la mano al primero que venga a pasar el río.

Poco después llegó a la ciudad, donde se hallaba el árbol estéril, el centinela esperaba también su respuesta.

—Mata al ratón que roe las raíces —le dijo—, y volverán a nacer las manzanas de oro.

El centinela le dio en agradecimiento dos asnos cargados de este metal precioso.

Tocó, por último en la ciudad, cuya fuente estaba seca, y dijo al centinela:

—En la fuente, debajo de la piedra, hay un sapo; búscalo: y mávalo, y volverá a correr el vino en abundancia. El centinela le dio las gracias, y además dos asnos cargados de oro.





El niño nacido de pie llegó por último donde se hallaba su mujer, que se regocijó de todo corazón por su regreso, y en particular al saber que todo le había salido bien.

Entregó al rey los tres pelos de oro del diablo; el rey quedó muy satisfecho al ver los cuatro asnos cargados de oro y le dijo:

—Ahora has cumplido ya con todas las condiciones, y mi hija es tuya. Pero, querido hijo mío, dime, ¿de dónde has sacado tanto oro? Pues has traído un verdadero tesoro.

—Lo he cogido —le contestó—, cerca de un río que he atravesado; es la arena que hay en aquella orilla.

—¿Podría yo coger otro tanto? —le preguntó el rey que era muy avaro.

—Y mucho más —le respondió—; hay un barquero, dirígios a él para pasar el río y podréis llenar todos los sacos que llevéis.

El avaro monarca se puso en seguida en camino, y al llegar a la orilla del río hizo señal al barquero para que arrimase la barca. El barquero le mandó entrar, y en cuanto estuvieron al otro lado, le puso el remo en la mano y saltó fuera. El rey quedó así de barquero en castigo de sus pecados.

—¿Sigue siéndolo todavía?

—¡Ah! sin duda, puesto que nadie le ha tomado el remo.